Las revoluciones de 1848 son notables por marcar, de cierto modo, la transición del papel que ocupa la burguesía en la sociedad entre uno activamente revolucionario y uno asentado en el poder y volviéndose ellos quienes deben defender un status quo. Fue la culminación de los movimientos liberales desde la revolución francesa contra un orden monárquico y oponiéndose al congreso de Viena, pero fue probablemente la última vez, o la más relevante, en la que se concertarían esas ideas contra el conservadurismo, con el cual ya están más dispuestos a colaborar si surgían modelos demasiado alejados del orden hasta ahora establecido.

Esto fue decisivo, la burguesía se constituye ya menos como la vanguardia revolucionaria, como 60 años antes, para conformarse en un “partido del orden.” Por ejemplo, en Prusia muchos liberales “se instalaron cómodamente en su condición de pilares de una Prusia restaurada que evitaba a toda costa el sufragio democrático.” (p. 32) Los más radicales de los liberales, con las ideas que impulsaba la revolución fracasada, vacilaban, pero aún los confundía su “sentido de propiedad y dinero” que podía verse atacado si se extendía demasiado el sufragio. La revolución finalizó el avance de los países que habían quedado más atrasados y dejaron claro el orden de las cosas en las naciones de occidente, aboliendo la servidumbre e instalando sistemas de gobierno limitado. Puede decirse que de alguna forma finalmente se cumplía el deseo de Guizot de que la burguesía se reconozca a sí misma y tome el poder como le corresponde.

Sin embargo, otra clase estaba, a la vez, comenzando a reconocerse a sí misma y de allí surgía el temor de la burguesía: la clase obrera. Precisamente, este es el momento en el que Marx publica el Manifiesto y solamente se empieza a avivar la llama de la clase obrera que todavía era irrelevante políticamente. No estaban organizados ni tenían ideas en común, desconocidos entre sí por barreras lingüísticas y nacionales, factor cada vez más importante y central en el fracaso de 1848. Para la clase obrera, fue el catalizador que la llevaría a más tarde tomar ese rol a la vanguardia revolucionaria. Para la Burguesía, haría falta la habilidad de, por ejemplo, Bismarck para maniobrar y sostener el poder en el nuevo estado de situación porque las clases más bajas ya no estaban homogéneamente inclinadas hacia el absolutismo tradicional y comenzaban a escuchar sobre las nuevas ideas que acechaban Europa.